

Horizontes

Primera edición, agosto 2024

© Nestor Pinacho

© Los libros del perro
Eje Central 46, Colonia Obrera
Alcaldía Cuauhtémoc
06800, Ciudad de México

contacto@loslibrosdelperro.com

www.loslibrosdelperro.com

Dirección editorial: Zel Cabrera

Edición: Daniel Hurtado

Formación y diseño: Joel Ossorio

Diseño de portada: Zel Cabrera

ISBN: 978-607-59996-5-4

Se autoriza la reproducción de este libro
total o parcialmente por cualquier medio actual o futuro,
siempre y cuando sea para USO PERSONAL y SIN FINES DE
LUCRO y citando al AUTOR y a la EDITORIAL.

Horizontes

Nestor Pinacho



Este libro fue creado con el apoyo del programa Jóvenes Creadores 2018-2019 del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca).

*Tienes dos nombres, Luz, dos pensamientos,
en los más puro de mi voz centrados,
a retener tu imagen consagrados
en la frágil prisión de dos lamentos.*

JORGE CUESTA

*Construyamos una espiral tan retorcida
que canse al viento andar en su interior
y de ella salga mareado
olvidando el rumbo.*

MACEDONIO FERNÁNDEZ

Prólogo

∞

El incendio

∞

Este es un lugar en el que el viento habla y los hombres con miradas tristes tan sólo se dedican a escuchar. Estoy varado en este pueblo cansado, me aferro a días que ya se deshicieron entre mis dedos, atrapado en un porvenir clausurado.

A veces volteo al cielo e intento vislumbrar el caudal que me arrojó a este sitio; cierro los ojos y, si tengo suerte, puedo ver las palabras que marcaron mi destino.

∞

Calles tristes y sucias, una pequeña iglesia despostillada, la plaza llena de árboles secos, perros somnolientos deambulan por las calles; la gente es huraña, no habla, ni siquiera voltea a verme. Al cruzar los pasos, algunos alzan la mirada que siempre arrastran e inclinan las cabezas para saludarse entre ellos. Pero sus ojos, siempre acuosos, parecen no prestar atención a nada. ¿Cómo pudo acostumbrarse Estefanía a este paraje? Tal vez este fue su escape, el último giro en la trama.

No. No me voy a engañar, sé que no puedo *vivir* en un lugar así, que me haría amargo cada día que pase en él. Y sin embargo aquí estoy, sentado en la plaza, dispuesto a esperar el repique de las campanas y que desde la calle paralela dos siluetas disímiles dibujen sus contornos contra la neblina; luego, la figura borrosa de una mujer que toma de la mano a su hijo, hasta que la imagen

se haga más nítida, pasen frente a mí y Estefanía sepa —porque lo sabe, la conozco tanto que sé cuando mira sin voltear— que ahí estoy y que siempre estaré torturándome desde esa banca a las siete de la mañana para verla aunque sea unos minutos, para convencerme de que yo guío mis pasos, de que aquella historia compartida entre los dos fue real.

∞

Se han escapado ya varios años, pero puedo aún sentir el sopor que se levantaba desde esa calle empedrada, las rebeldes raíces de los árboles que rompían el concreto; las ramas meciéndose, complacientes, al compás de un viento adormilado. Eso recuerdo de la primera vez que llegué a San Bernardino. Eso y la puerta de madera, imponente, mohosa, hueca.

Pregunté por Fátima y mentí: dije que era su primo. Me miraron con recelo, no me creyeron, pero aquella señorita apretada en su uniforme blanco subió a consultarlo con el encargado del turno.

Después de veinte minutos, la enfermera me guiaba por unos pasillos angostos, donde se apiñaban pequeñas oficinas de las que emanaba ese curioso sonido de las teclas presionadas a alta velocidad. Subimos escaleras de piedra volcánica. Desembocamos en un espacio más amplio, con paredes blancas, pureza interrumpida sólo por un cuadro detrás de un escritorio. Del lado izquierdo, un ventanal desde el que se vislumbraba un enorme patio. Un tipo con bata, sentado al escritorio, alzó la mirada.

Me señaló el asiento frente a él y me preguntó qué era yo de Fátima. Insistí. No me creyó. No dijo nada, pero podía leer ese gesto socarrón del que ve la espesa mentira escurriendo por los rostros.

—Fátima accedió a recibirlo, previa autorización de su madre. —Guardó silencio mientras barría mi rostro.

Se quedó callado, invitaba una respuesta.

—Sólo quiero verla, que sienta mi apoyo... hace muchos años que no hablamos —le dije, mientras fingía un tono suave, indefenso.

Él pasaba saliva de una forma ruidosa y movía la mandíbula como si masticara mis palabras. No me quitaba la mirada de encima.

—Es la primera vez que accede a recibir visitas —señaló con su pluma la gran puerta de San Bernardino— Ni siquiera suele ver a su madre. Nosotros nos comunicaremos con usted.

Acepté, con la decepción oculta en mi semblante, mientras abajo, en el patio, miraba esas figuras que a paso lento, lastimoso, avanzaban como animadas por el recién nacido calor del sol. Dejé mi número y esperé.

∞

¿También a Estefanía le atacarán los recuerdos en la noche? ¿Sentirá mi presencia a su lado? ¿Se le escurrirán, al amparo de las sombras, las promesas que nunca se cumplieron?

Era en la oscuridad cuando más endeble me sentía, cuando mi cama me escupía y atravesaba el silencio de aquel departamento oscuro. Salía a fumar. A esa hora

me daba asco el sabor amargo que inundaba mi boca al aspirar el humo. Pero fumaba cinco, siete, nueve sin descanso, hasta que la náusea era insoportable y me dejaba vencer por el vértigo y el vómito. Y después de escupir la imagen de Estefanía, de expulsar aquellos recuerdos, podía al fin dormir.

∞

Durante varios años después del divorcio con Estefanía mi vida pareció correr a un ritmo diferente al de los demás. Trabajaba de noche, en el periódico, salía de madrugada a las calles solas, entraba a algún bar o regresaba a casa y dormía la mayor parte del día.

Todos pensaban que vivía deprimido, enfermo, como si el divorcio fuera portador de un virus mortal que me consumía. Lo notaba cuando, casualmente, me encontraba con algún conocido y en sus ojos se asomaba la lástima, la condescendencia; odiaba el sentimiento que me producían esos encuentros. Por lo demás, la opinión de esas personas carecía de todo interés para mí. Todos sus comentarios, lo sé hoy, estaban vacíos, sus vidas, al igual que la mía, que la de todos, eran apenas borrones en una historia olvidada.

∞

Me revolvía en la cama, como cuando el calor se vuelve insoportable entre las cobijas, pero no era eso lo que ahuyentaba el sueño. Era un malestar perpetuo que se acentuaba al apagar la luz y recostarme en la cama. Me obligaba a mantener los ojos cerrados, pero con cualquier

ruido, hasta el roce de mis cabellos con la almohada, daba inicio a los movimientos. Primero mi pierna se sacudía con impaciencia; luego daba vueltas, transformando las sábanas en un caos. Al final, desesperado, me levantaba y abría aquel cajón.

Era ese sitio el que resguardaba retazos de lo que había sido mi matrimonio. Vaciaba sin mucho cuidado el contenido en la alfombra y observaba los objetos como en busca de la caja negra de aquel choque, hurgando en posibilidades, realizando un examen forense de aquel amor muerto. La luz eléctrica, que bajaba y subía de voltaje arbitrariamente, reconfiguraba las cosas a mi alrededor.

Casi todas las noches el hormiguelo volvía y mi mirada terminaba vencida sobre el cajón. No sé en qué momento surgió la idea de darle un orden a todo ese caos. Ver desperdigados aquellos restos me dejaba jirones de una historia cuyo sentido yo tenía que buscar. Así que me empeñaba en acomodar los objetos bajo parámetros que rayaban a veces en lo ridículo y que terminaban formando un dibujo curioso en el suelo. Por antigüedad, afecto, alfabéticamente, por “importancia”, por contenido...

Cinco fotografías instantáneas

Dos cartas

Una prueba de embarazo

El ticket de la última comida

Un disco

∞

Cuando me enteré de que Fátima estaba en San Bernardino no pude dejar de pensar en ello. Cuando gastaba mis pasos y horas cortando la noche de Reforma, cuando me sentaba solo a escuchar las palabras del viento, me encontraba de pronto absorto en la idea de ver otra vez a Fátima. ¿Morbo? ¿Curiosidad? No. Tal vez era una extraña necesidad de encontrarme con un rostro familiar, de aquellos años en los que conocí a mi exesposa, saber que la vida siguió para todos, incluso para Fátima en ese lúgubre hospital.

El pasado se vuelve un territorio al que regresamos por refugio. Aunque los recuerdos duelan, nos gusta el pasado, pienso, porque se puede reconfigurar.

∞

La llamada tardó más de lo esperado. Fueron semanas en las que me perdía en ensoñaciones de nuestro futuro primer encuentro. ¿Qué es lo primero que se le dice a alguien para quien ya no valen las palabras? Tres semanas después de mi visita a San Bernardino, sonó el teléfono. Cuando colgué, mis ojos quedaron prendidos de esas huellas marcadas en el polvo del auricular.

Firmé decenas de papeles, me tomaron dos fotografías, dejé mi identificación en la puerta y me dejaron entrar. La parte más agradable de San Bernardino era la que dejaba atrás. Un olor agrio daba cuenta de la transición entre la tenue atmósfera de oficinistas y el crispado día a día en el psiquiátrico.

Crucé por un edificio en el que retumbaban gritos desgarrados, llantos, risas fúricas, mezclado todo en un solo sonido, una lengua hace tiempo olvidada. Dos policías resguardaban la última barrera hacia el patio. La trasasé y busqué con la mirada. Ella estaba ya sentada en la orilla de una gran fuente de granito sin agua, en medio del patio. El sol acariciaba su espalda, rebotaba en su blusa color crema, calentaba el perfume que escondía su piel.

El patio estaba lleno de conversaciones cuyo sentido estaba oculto para mí. Por todos lados rebotaban gritos que de súbito crispaban el aire, carcajadas y muchos quejidos. Decenas de personas cuya realidad no estaba ahí, que hablaban con el aire, que se orinaban encima, que rascaban su piel hasta dejarse llagas.

Apenas la vi de lejos comencé a sudar. Su cabello acre dormitaba sobre sus hombros. Me acerqué despacio, consciente de cada pisada, sentía la vibración cundir desde los talones hasta mi pecho. Fátima ladeó un poco la cabeza cuando me quedé de pie a su lado, pero no me miró. Me senté en la orilla de la fuente, a su lado, y la vi de reojo: sus manos, una sobre la otra, pacíficas, suaves, y su mirada que se afanaba en perderse.

Me senté y la vi no sé cuánto tiempo, porque el sol nunca amagó con moverse, todos a nuestro alrededor parecían obedecer un ritmo oculto para mí, incluso a ella esa pulsación la llevaba a no desviar la vista del suelo y no hallé mejor resguardo para ese encuentro que el silencio.

Si he de hablar de Fátima tengo que referirme a quien es algo así como la piedra angular, el eje en el que parece girar todo esto. Hurgo, buscando el primer recuerdo que tengo de él y doy con aquella noche casi veinte años atrás.

Yo tendría dieciocho años y pasaba la mayor parte del día en aquella vieja escuela. Cuando el calor sofocante que imperaba en el lugar comenzaba a ceder, me disponía a pasear por la escuela. Las cosas bajo la luz del sol suelen tener tanta vida, sus destellos nos dejan ciegos, pero embadurnadas de noche dejan reminiscencias de pasos o de llantos, sólo hay que saber escuchar. Y yo me perdía en los pasillos y en las zonas más escondidas de aquella gran escuela en busca de aquellos ecos.

A Adán lo conocía de vista, a veces nos saludábamos, pero esa noche me llamó la atención verlo caminar por una zona de la escuela tan poco frecuentada. Detrás de uno de los edificios, casi en la orilla del plantel, había un gran espacio de tierra en el que la maleza que circundaba el lugar se desfogaba a su albedrío. Claro está, muchos de nosotros lo utilizábamos como hotel clandestino o escondite para drogarnos.

Lo vi de lejos: fumaba, pateaba piedras, hablaba y gesticulaba, pero no había nadie alrededor. Él estaba esperando a que Fátima, su novia en esos días borrosos y remotos, saliera de clases. Me causó cierto resquemor acercarme, pero aun así cedí a la tentación. Lo saludé con un movimiento de cabeza que él respondió con un

gesto de alevosía en las cejas pobladas que enmarcaban su rostro.

Le pedí un cigarro y no soltamos más palabra. Ese día su de por sí curiosa figura desgarbada me intrigó más. Lo observaba fumar y en algún momento pude notar que no dejaba de murmurar algo, como si platicara con alguien a quien yo no podía ver.

Aspiré una larga bocanada para darme valor, la saque con un siseo ruidoso. Antes de que pudiera escupir alguna frase, lo vi arrojar el cigarrillo aún encendido a la hierba seca, sin miedo a que se encendiera.

Me acerqué a la colilla aún humeante y la pisé.

Él se limitó a esbozar una sonrisa.

Instantánea

La foto siempre nos va a tener ahí, con la risa congelada de días felices, absortos en ese primer viaje, los ojos fijos en la eternidad de la cámara, felices de ser dos niños queriéndose. Los dos miramos a la lente. El mar se adivina potente pero agradable allá atrás, al fondo, daña la mirada con su azul de piscina recién lavada. La arena parece una alfombra que nos invita a caminar. Estefanía y yo hemos llegado fatigados de buscar precisamente esa playa, y ahí estamos, con los rostros brillosos, algo rojos por el rasguño del sol, satisfechos, tocándonos, felices de estar juntos, vivos y ahí, por siempre ahí.